

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Dios, su naturaleza y sus atributos	145
Renovaciones	160
Progreso espiritual y crecimiento	170
Carta de H. Rossier (acerca de la oración)	174
"He aquí el hombre"	175

Año IX. N° 5

Septiembre - Octubre 2004

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2004 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

DIOS, SU NATURALEZA Y SUS ATRIBUTOS

En la Biblia, Dios se menciona a sí mismo con diversas expresiones que nos hacen conocer algo de Él y de sus relaciones con la creación, particularmente con los hombres. Pero esas expresiones no nos dicen todo lo que Él es. Veamos, pues, lo que el santo Libro añade y nos enseña al respecto.

En primer lugar, sabemos que la Biblia proclama en todas sus partes **la unidad de Dios**, y también la simple razón nos indica que ello no puede referirse a la unidad de varios Dioses. Pero, como inmediatamente después del diluvio la idolatría se había difundido sobre la tierra, Dios escogió a un hombre, a Abraham —cuyos antepasados también fueron idólatras (Josué 24:2)—, para que se convirtiera en el tronco del pueblo de Israel, nación que en la tierra debía manifestar que conocía a Dios y que era el depositario de Sus oráculos (Romanos 3:2). Israel era su pueblo; y Él, el único y verdadero Dios, era Jehová su Dios. Él veló constantemente por ellos recordándoles esto y advirtiéndoles contra la idolatría: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es.” (Deuteronomio 6:4) “A ti te fue mostrado —los prodigios en Egipto—, para que supieses que Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él (Deuteronomio 4:34-35). Los profetas repitieron esto a los israelitas con mucha frecuencia, pues éstos siempre se manifestaban proclives al culto a los ídolos (Salmo 84:10; Isaías 44:6, 8; 46:9). También el Nuevo Testamento nos dice que “hay un solo Dios” (1.^a Timoteo 2:5; 1.^a Corintios 8:4).

El Dios único **existe por sí mismo**. ¿Quién podría haberlo creado a Él, que es el Creador de todas las cosas? Él existe desde la eternidad, y vive por los siglos de los siglos (Apocalipsis 4:10). Es lo que quiere decir el nombre que tomó al hablar con Moisés: “Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éxodo 3:14). Y es, también, lo que significa la expresión: “Yo soy el primero, y yo soy el postrero” (Isaías 44:6).

Asimismo, las Escrituras nos enseñan lo que Dios es en su naturaleza. “Dios es espíritu”, dice el Señor Jesús (Juan 4:24). Esto significa que es absolutamente distinto y está separado de la materia que fue creada por Él. Si, pues, la Biblia nos habla del brazo de Dios, de su mano, de su oído y de sus ojos, sabemos que son figuras destinadas a hacernos comprender que Dios obra, que oye, que ve y que conoce. El salmista dice: “El que hizo el oído, ¿no oír? El que formó el ojo, ¿no ver?” (Salmo 94:9).

Dios posee atributos o perfecciones que le pertenecen sólo a Él y que lo caracterizan como Dios. Son los diversos rayos de su gloria frente a su criatura. La Biblia los proclama a menudo y, mostrándonos en ella la grandeza de Dios, nos invita a adorarlo, tal como lo exclama el rey David: “Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia” (Salmo 94:1).

La grandeza de Dios se nos manifiesta en que Él es **infinito** en todo lo que constituye su Ser. No existe ningún límite que pueda circunscribirlo. Es infinito en su existencia: Él fue y será siempre. Su **entendimiento** (o inteligencia) también es infinito: “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Salmo 147:5). Y también leemos: “Su

entendimiento no hay quien lo alcance” (Isaías 40:28). ¿Qué limitado es el más vasto genio humano frente a la sabiduría de Dios! Ante tal insondable entendimiento e infinita sabiduría, el apóstol Pablo exclama: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? (Romanos 11:33).

Al entendimiento y a la sabiduría de Dios, que no tienen límites, se unen la **omnisciencia** y la **omnipresencia**. Nada escapa a su conocimiento porque Él está en todas partes y lo sondea todo. Es lo que describe el salmista, de manera sorprendente, diciendo: “Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.” ¡He ahí la omnisciencia de Dios! Luego David continúa: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Salmo 139:1-12). ¡He ahí la omnipresencia de Dios! ¿No es solemne decirse: «Por dondequiera que yo vaya, Dios me **ve** y **sabe** todo lo que pienso, digo o hago»? “**Todas las cosas** están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

Como lo hemos visto, la **omnipotencia** le pertenece a

Dios: el Todopoderoso o el Omnipotente es uno de los nombres que Dios toma. La creación es un acto de la omnipotencia de Dios; la resurrección del Señor Jesús es otro de esos actos (Efesios 1:19-20). Así como su omnipotencia creó todas las cosas de la nada, así también ese mismo poder destruyó la tierra mediante el diluvio y, finalmente, aniquilará el sistema actual de la tierra y del cielo para crear un nuevo cielo y una nueva tierra (2.ª Pedro 3:5-7, 10, 13). Los milagros son actos de este soberano poder. En el pasado, tal poder se manifestó así en Egipto cuando Dios hirió con plagas a Faraón y a su pueblo; cuando Jehová hizo pasar a Israel a través del mar Rojo y lo alimentó con el maná durante cuarenta años en el desierto. La omnipotencia del Hijo de Dios, omnipotencia manifestada mediante la bondad, sanando a los enfermos, limpiando a los leprosos y resucitando muertos. Y ahora la omnipotencia divina, que resucitó a Cristo de entre los muertos, nos vivifica con Cristo, nos resucita con Él y nos hace sentar con (literalmente en) Él en los lugares celestiales. Tal omnipotencia nos arranca del poder de Satanás y nos traslada al reino de su amado Hijo (Efesios 2:1-6; Colosenses 1:13). ¡Qué felicidad sentimos al saber que Dios quiere ejercer así su omnipotencia, manifestándonos gracia y amor, para salvarnos y darnos un lugar cerca de Él con su amado Hijo!

Dios, cuyo entendimiento, ciencia y poder son infinitos, posee también infinita **sabiduría**, la sabiduría que hemos mencionado al hablar de su entendimiento o inteligencia. Esta suprema sabiduría proviene del perfecto conocimiento que Él tiene de todas las cosas. Dios, quien abarca el fin desde el principio (Isaías 46:10), ordena y regula todo medidamente y coloca cada cosa, cada ser en su lugar, según las relaciones que tienen

con Él y con los demás seres, y dirige todo de manera perfecta para alcanzar los fines que se propuso. “También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría”, leemos en Isaías 28:29. Él es el único sabio (Romanos 16:27), y su sabiduría se manifiesta no sólo en la creación, como lo dice el salmista: “¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! hiciste todas ellas con sabiduría” (Salmo 104:24). Él es “el que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría” (Jeremías 10:12); pero su sabiduría se muestra en sus caminos para con Israel, como nos lo enseña el apóstol en Romanos 11, donde está escrito que finalmente “todo Israel será salvo” (v. 26). Ella brilla de manera magnífica —y hace enloquecer la sabiduría del mundo— en la obra de la salvación hecha por Cristo crucificado (1.ª Corintios 1:20-24). Y también leemos: “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:10); sí dada a conocer por medio de la iglesia, que se compone de todos los creyentes, de origen judío o gentil, reunidos en uno sobre la misma base de bendición, desde el Pentecostés hasta el regreso del Señor. Tal sabiduría es la que también dirige y gobierna todas las cosas y las hace obrar para el bien de los que aman a Dios (Romanos 8:28). ¡Qué tranquilidad sentimos cuando sabemos que todo es dirigido por la sabiduría y la bondad de Dios!

La Palabra de Dios nos da a conocer otros atributos esenciales de Dios. Ella nos dice que Dios es el **Mismo**, es decir, que es **inmutable**, que no cambia ni en su Ser ni en sus designios. “Yo mismo soy”, dice Jehová (Isaías 43:10). Y el salmista dice: “Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos

son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el **mismo**, y tus años no se acabarán” (Salmo 102:25-27). Por eso está escrito: “Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará? (Números 23:19). Y aun: “Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Romanos 11:29). Además leemos que Dios es el “Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17). Para aquellos que creen en el Señor, ¿no es una gran seguridad saber que Dios no cambia los designios de su gracia? Pero lo que ha decretado contra el pecador rebelde se ejecutará con la misma certeza.

Dios, el cual es espíritu, también es llamado el Dios **invisible**. Eso es lo que manifiestan varios pasajes: “A Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18; 1.ª Juan 4:12). Cristo “es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15; 1.ª Timoteo 1:17). “El único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1.ª Timoteo 6:16). Pero esto no sólo quiere decir que los ojos de nuestro cuerpo no pueden verlo; significa, además, que nuestra alma no puede conocerlo, a menos que Él se revele a nosotros. Y ¡bendito sea!, Él se ha revelado por medio de Jesucristo, su amado Hijo: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Toda gracia nos viene mediante nuestro adorable Salvador.

DIOS ES AMOR

¡“**Dios es amor**”! ¡Cuán precioso es que Dios nos diga en su Palabra lo que Él es! Nosotros, que somos malos, jamás

habríamos descubierto que **Dios es amor**; pero Él nos lo dice y nos brinda las pruebas más convincentes de ello.

El amor siempre tiene un objeto u objetos hacia los cuales se manifiesta. El supremo objeto del amor de Dios es Jesús, su unigénito Hijo, el cual es llamado “su **amado Hijo**” (literalmente: “el **Hijo de su amor**”) (Colosenses 1:13). Dos veces — en el bautismo de Jesús y en la transfiguración— Dios proclama que él es su “Hijo amado” (Mateo 3:17; 17:5). Jesús también dice varias veces: “El Padre ama al Hijo”, “me ama el Padre” (Juan 3:35; 5:20; 10:17; 15:9). Y desde la eternidad el Padre tuvo a su Hijo por objeto de su amor, como Jesús lo dijo en la preciosa oración que dirigió a su Padre a favor de sus queridos discípulos antes de dejarlos: “Me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24).

Jesús es el objeto perfectamente digno del amor de Dios. Pero Dios ha querido tener otros objetos a los cuales manifestar su amor. ¿Y a quién ha elegido para esto? No a seres puros y sin mancha, sino a pobres, miserables pecadores que lo han ofendido y que son enemigos suyos (Romanos 5:6, 8, 10). Nosotros somos, pues, tales seres y, a pesar de nuestra indignidad, Él nos ha amado. Y la prueba suprema de su amor por nosotros es que Dios ha dado a su Hijo, al Hijo de su amor, para salvarnos, para darnos la vida eterna, hacer de nosotros hijos suyos y darnos la felicidad para siempre junto a Él en el cielo. “**De tal manera amó** Dios al mundo —un mundo malo—, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, **no se pierda**, mas tenga **vida eterna**” (Juan 3:16). Juan, el discípulo amado de Jesús, dice: “En esto se mostró **el amor de Dios para con nosotros**, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no

en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que **él nos amó** a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1.^a Juan 4:9-10). El apóstol Pablo también dice: “Dios muestra **su amor** para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8). ¿No hay en esto algo que toca nuestro corazón? Nosotros amamos a aquellos que nos aman y que nos parecen amables y dignos de nuestro afecto, pero Dios nos ha amado a nosotros siendo lo que éramos: pecadores, impuros y aborrecibles (Tito 3:3-7). Bien podemos repetir lo que cantamos a menudo: «¡Oh, qué amor!»

Y eso no es todo. Desde el momento en que hemos creído en el Señor Jesús, tenemos vida eterna, y el amor de Dios nos hace hijos suyos, como lo dice Juan: “Mirad **cuál amor** nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1.^a Juan 3:1-2). Y “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5), de manera que estamos plenamente seguros en él. Somos amados como Jesús fue amado, y llamamos a Dios: Abba, es decir, Padre (Juan 17:23; Romanos 8:15). Y nada puede cambiar ni alterar este amor; nada puede separarnos de él (Romanos 8:38-39). En virtud de este amor, los hijos de Dios no tienen ningún temor respecto al juicio, porque “el perfecto amor”, el de Dios, “echa fuera el temor” (1.^a Juan 4:17-18). ¡Cuán precioso es saber y gustar que “Dios es amor”! Podemos descansar en sus brazos, como lo hace un niño en el regazo de su madre.

¿Quién nos hizo conocer el amor de Dios? La respuesta es: Jesús. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Él

manifestó el amor de Dios al venir al mundo; luego, durante toda su vida, lo hizo mediante sus obras llenas de bondad, de misericordia, de compasión y de gracia; y finalmente en la cruz donde murió para expiar nuestros pecados. El Señor amaba a sus discípulos (Juan 15:9; 13:1); nos amó a nosotros hasta el punto de haber derramado su sangre para lavarnos de nuestros pecados (Apocalipsis 1:5), y nos amará siempre (Romanos 8:35). El amor del Señor Jesús es infinito; nadie puede sondearlo, “excede a todo conocimiento” (Efesios 3:19). Jesús es la expresión del amor del Padre, pues Él y el Padre son uno (Juan 10:30). Cuando hablamos del gran amor del Señor Jesús por nosotros, ¿no arde nuestro corazón como el de los discípulos que iban camino a Emaús? (Lucas 24:32). Debemos decir que “le amamos a él, porque él nos amó primero” (1.^a Juan 4:19). ¿No da pruebas de una gran dureza de corazón el hecho de no amar a Aquel que nos amó tanto?

El amor de Dios se manifiesta de diferentes maneras, de acuerdo con el estado espiritual y las necesidades de aquellos hacia los cuales se ejerce. La **gracia**, que vino por medio de Jesucristo (Juan 1:17), es la demostración del amor hacia las criaturas culpables y perdidas: “Por gracia sois salvos” (Efesios 2:5, 8). Somos “justificados gratuitamente por su gracia” (Romanos 3:24). La gracia es también la manifestación del amor que sostiene y alienta al creyente en su carrera en este mundo. Por eso los apóstoles deseaban la gracia a aquellos a quienes les escribían. La **bondad** es el aspecto del amor que hace el bien, que quiere dar felicidad. Dios es benigno para con todos, nos dice el Señor (Lucas 6:35). Dios es también **misericordioso**. La misericordia es la forma del amor que se ejerce hacia los miserables, los cuales necesitan el perdón (Nehemías 9:17). La **compasión**

es la muestra del amor para con aquellos que sufren. “El Señor es muy misericordioso y compasivo”, dice la epístola de Santiago (5:11); y en los Evangelios a menudo se nos describe a Jesús movido a compasión. Él tuvo compasión por la pobre viuda que había perdido a su hijo único (Lucas 8:13); la tuvo al ver al leproso que se arrojó a sus pies (Marcos 1:41), y también ante el pueblo hambriento al cual no quería enviar en ayunas a sus casas, por temor de que desmayaran en el camino (Marcos 8:1-3). No es dulcísimo conocer a tal Dios de gracia, de bondad, de misericordia y de compasión; al Dios que nos ama tan tiernamente, en quien podemos confiar plenamente?

El amor de Dios se manifiesta también en su gran **paciencia**. Se lo menciona como “el Dios de la paciencia” (Romanos 15:5), y esta paciencia se manifiesta en que soporta a los pecadores, advirtiéndoles y exhortándolos a fin de que se vuelvan a Él y no perezcan. La paciencia y longanimidad de Dios los guía al arrepentimiento (Romanos 2:4). En los días de Noé, la paciencia de Dios esperaba, mientras Noé advertía a los hombres acerca de lo que iba a acontecer (1.ª Pedro 3:20). Luego ¡cuánta paciencia mostró Dios para con Israel, su pueblo rebelde! Y en nuestros días Dios manifiesta su paciencia a un mundo incrédulo. “**El Señor... es paciente para con nosotros**, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2.ª Pedro 3:9).

¡Qué gracia hemos recibido al conocer el amor de Dios! ¿No se conmueve nuestro corazón y se llena de felicidad al saber que “**Dios es amor**”? Si es así, “sed imitadores de Dios”, dice el apóstol, “como hijos amados. Y **andad en amor**, como Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efesios 5:1-2). En esto todos

conocerán que somos discípulos del Señor, en que nos amemos unos a otros (Juan 13:34-35).

DIOS ES SANTO Y JUSTO

La **santidad** es el atributo de Dios que expresa su absoluta separación del mal, es decir, de todo lo que no concuerda con su naturaleza. Se proclama muchas veces en las Escrituras. “Santo soy yo”, dice Jehová (Levítico 19:2). “Jehová nuestro Dios es santo”, dice el salmista, y: “La santidad conviene a tu casa” (Salmo 99:9, 3, 5; 93:5). En el templo, Isaías oyó a los serafines que daban voces uno al otro: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:3). Y Juan, en su visión celestial, oyó a los cuatro seres vivientes que repetían sin cesar: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 4:8). También está escrito: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal” (Habacuc 1:13), expresiones muy serias y adecuadas para hablar a nuestra conciencia. Por eso los creyentes son llamados a ser **santos** en toda su manera de vivir (1.ª Pedro 1:15-16).

Ser **santo** quiere decir ser puesto aparte y consagrado para Dios. Israel era un pueblo santo al cual Dios había elegido y apartado de las demás naciones para que le conociera y le sirviera. “Os he apartado de los pueblos para que seáis míos”, les dijo Jehová (Levítico 20:26). De modo que ellos debían abstenerse de la idolatría y de todas las cosas que Jehová había declarado impuras. Al respecto, Dios les había dicho: “Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 19:2). Todos los objetos que servían para el culto de Jehová eran santos; le estaban consagrados y no debían ser empleados para ningún uso profano. Asimismo ahora, los que creen en el Señor Jesús son **santos**, apartados para el servicio de Dios; por eso se

les recomienda apartarse del mal. Veamos lo que se nos dice al respecto. Primeramente, el apóstol Pablo les dice a los creyentes de Roma que ellos son “llamados a ser santos” (literalmente: santos llamados, santos por llamamiento), es decir, que Dios los ha llamado para que sean Suyos (Romanos 1:7). El mismo apóstol escribió a los efesios, que Dios “nos escogió en él (en Cristo)... para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4). Jesucristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos (sacarnos, arrancarnos) del presente siglo malo” (Gálatas 1:4), es decir, nos separó del mundo malo que nos rodea. Pablo también escribió a Tito: “Nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Pero puesto que Dios aparta a los creyentes de este modo, como posesión suya, y que el Señor Jesús los ha redimido para ello, se comprende que ellos deben tener el cuidado de separarse del mal y de mantener tal conducta en todos los actos de su vida. Está escrito: “Seguid... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). Y Pablo, escribiendo a los corintios, quienes se dejaban arrastrar por el mundo idólatra e impuro en medio del cual vivían, les dice: Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo” (2.^a Corintios 6:17), y añade: “Perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2.^a Corintios 7:1). Para los que le pertenecen al Señor ¡cuán importante es apartarse del mal, abstenerse de conversaciones livianas y profanas, según lo que está escrito: “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, **como conviene a santos**; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen” (Efesios 5:3-4). Evitemos la lectura de libros malos

que llenan la mente de cosas necias, inútiles y a menudo inmundas. Y en nuestra vida evitemos todo lo que nos ensucia, no sólo en las cosas que nuestro prójimo puede ver en nosotros, sino también en lo que hacemos en secreto. Dios es santo; Él nos ve y nos escucha; no ofendamos en nada su santidad. La Palabra nos dice que todo aquel que tiene su esperanza en Jesús, “se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1.^a Juan 3:3).

LA JUSTICIA

Otro atributo de Dios es la **justicia**. Las Escrituras la proclaman en muchos pasajes: “Dios... es justo y recto”, dice Moisés (Deuteronomio 32:4). “Oh Jehová Dios de Israel, tú eres justo” (Esdras 9:15). “Tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo” (Nehemías 9:33). “Justo es Jehová en todos sus caminos” (Salmo 145:17). “Justo es Jehová nuestro Dios en todas sus obras que ha hecho, porque no obedecemos su voz” (Daniel 9:14). “Tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus obras” (Jeremías 32:19). Efectivamente, la **justicia** consiste en atribuir a cada uno lo que merece, por lo tanto Dios es justo, soberanamente justo; Él juzga “sin acepción de personas” (1.^a Pedro 1:17), y “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Romanos 2:6-11). Dios obra para con cada uno según la perfección de Su propia naturaleza y da “vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad (o incorrupción), pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia”. Dios no hace morir al justo con el impío, y tampoco tiene por inocente al malvado; Él, el Juez de

toda la tierra, hace lo que es justo (Génesis 18:25; Éxodo 34:7).

El hombre es llamado a ser **justo**, tanto como a ser **santo**. La justicia del hombre frente a su prójimo consiste en darle a éste lo que le es debido y no hacerle ningún daño en las diversas relaciones mutuas. La justicia del hombre en cuanto a Dios consiste en ser como Dios quiere, en hacer lo que Dios le manda. Pero, sea bajo un aspecto o bajo el otro, no se encuentra justicia en ningún hombre. “No hay justo, ni aun uno... todos pecaron” (Romanos 3:10 y 23), dice la Escritura; todos han hecho lo malo y han andado en injusticia y desobedeciendo a Dios. Dios, conforme a **Su justicia**, debe, pues, condenar al hombre. Y he aquí lo que demuestra con la más completa evidencia la injusticia del hombre: el Señor Jesucristo, el amado Hijo de Dios, apareció en el mundo, perfectamente santo y justo, y manifestó en él toda la bondad de Dios. Pero en lugar de ser recibido por los hombres, Él, el único justo, fue rechazado y condenado contra toda justicia, pues, como dijo el malhechor convertido: “Éste ningún mal hizo” (Lucas 23:41). Y Pilato, el juez injusto, aun cuando lo entregó para ser crucificado, reconocía que no había hallado en Él delito alguno (Lucas 23:14).

Entonces, ¿qué hizo Dios? Manifestó su justicia resucitando a Cristo y situándolo en el cielo, en la gloria; y, al mismo tiempo, condenó al mundo. Es lo que quieren decir las palabras del Señor Jesús: “Y cuando él (el Espíritu Santo) venga, vencerá al mundo de pecado, de **justicia** y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de **justicia**, por cuanto voy al Padre... de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Juan 16:8-11). El descenso del Espíritu Santo sobre los discípulos, el día de Pentecostés, con las señales milagrosas que lo acompañaron, era la prueba de que Dios, en **su**

justicia, había alzado a la gloria al hombre que, rechazado por el mundo, había cumplido toda la voluntad de Dios. Y esta misma justicia condenaba al mundo.

¿Qué habría sido de nosotros, pecadores impíos, si Dios se hubiera detenido allí? Pero su justicia se mostró aun de otra manera: salvando al pecador que cree en Jesús. El apóstol nos lo enseña con estas palabras: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” —he aquí el estado natural de todos nosotros—. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” —he aquí la salvación, su fuente y el medio para obtenerla; he aquí a Aquel que la llevó a cabo, y cómo nos la apropiamos, es decir, por medio de la fe—. Luego el apóstol continúa diciendo: “Para manifestar **su justicia**, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.” —Teniendo en vista el sacrificio propiciatorio de Cristo, Dios, en su justicia, había soportado y salvado a los fieles que vivían antes de la venida del Salvador—. A continuación dice: “Con la mira de manifestar en este tiempo **su justicia**, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:23-26). A causa de que Cristo satisfizo plenamente los derechos de la justicia de Dios al sufrir y morir en la cruz, cargando la pena debida al pecado, Dios manifestó **su justicia** no condenando, sino justificando y salvando al pecador que cree en Jesús.

Ésta es la maravillosa **justicia de Dios**. Dios es **justo**, situando a Jesús en el cielo; y, a la vez, Dios es **justo** salvando al hombre que lo ofendió pero que ejerce fe en Jesús, y dándole la paz y un lugar en el cielo (Romanos 5:1-2). De un pecador impío, Dios hace un hombre justificado que ya no teme la conde-

nación (Romanos 8:1). Pero Él manifestará de manera terrible **su justicia** cuando condene a los que desprecian el Evangelio y no quieren creer en Jesús. Ellos “sufrirán pena de eterna perdición” (2.^a Tesalonicenses 1:6-9). ¡Dichosos, pues, todos los que creen en el Señor Jesús, los cuales son así justificados y revestidos de la justicia de Dios!

A. Ladrière (M. E. 1936)

RENOVACIONES

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2.^a Corintios 5:17).

1. Renovación definitiva

1.º El creyente es, por gracia, un ser nacido de nuevo, nacido del Espíritu (Juan 3:3, 6, 8), nacido de Dios (1.^a Juan 5:1), para participar de la naturaleza divina (2.^a Pedro 1:4). Ha sido y será así para los creyentes de todos los tiempos; los santos del Antiguo Testamento tenían la misma vida que nosotros. Pero además, a diferencia de estos últimos, el cristiano está “en Cristo”. Cristo vino, efectuó la redención y su vida viene a ser la vida del creyente. Dios “nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó”. Aquel que vino a manifestar la vida eterna, que glorificó a Dios en la tierra, que murió y resucitó, fue glorificado junto al Padre para dar tal vida a los suyos: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:2-3).

De allí en adelante existe un **nuevo hombre**¹⁾ del cual todo creyente está “revestido”. Es completamente nuevo (Efesios 4:24); no tiene nada en común con el “viejo hombre” ajeno de la vida de Dios; no tiene y nunca ha tenido ninguna parte que pueda ser manchada. Por otra parte, tiene una novedad incorruptible, una juventud eterna en contraste con el viejo hombre (Colosenses 3:10) el cual, desde su caída y a pesar de haber sido probado durante tantos siglos, permaneció incorregible y sin dejar de degradarse y corromperse hasta ser finalmente juzgado por Dios en la cruz. El nuevo hombre se origina como consecuencia de la obra de la cruz, obra cuya perfecta eficacia es proclamada de tal manera por la resurrección de Cristo, que la nueva naturaleza puede ser comunicada a los creyentes. Para cada uno de éstos la nueva vida comienza cuando cree en el Señor Jesús; incluso si llega a tomar conciencia de ello un tiempo después, el nuevo hombre está “creado” en Él, “creado según Dios” (Colosenses 3:10; Efesios 4:24). Y, portador de esa nueva creación, de ahí en adelante es sellado por el Espíritu Santo de Dios para el día de la redención (Efesios 4:30).

1) Sin querer fatigar a nuestros lectores con cuestiones de palabras, pensamos que las siguientes indicaciones sumarias, tomadas de fuentes autorizadas, podrán ser útiles a muchos.

La lengua castellana utiliza una sola palabra: **nuevo** (y sus derivados renovar etc.) allí donde el griego emplea al menos dos: **kainos** y **neos** (con sus respectivos derivados). Estos dos términos a veces son equivalentes; pero, cuando difieren, el primero enfatiza el sentido de: lo que no existía hasta ese momento, o lo que es nuevo en su naturaleza, en contraste con algo desechado completamente. El segundo término da más la idea de algo joven, reciente, en contraste con lo antiguo o viejo. Así vemos que el vino nuevo mencionado en Mateo 9:17 es **neos** (el vino proveniente de la cosecha del año en curso), y **kainos** en Mateo

2.º Este nuevo hombre “conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10). La vida del nuevo hombre es Cristo, y Cristo es la imagen de Dios (Colosenses 1:19; 2.ª Corintios 4:4). El nuevo hombre ya no es según la imagen del primer Adán así como Cristo no lo fue; el nuevo hombre es creado conforme al segundo Adán, según la perfecta humanidad que Jesús vino a tomar en este mundo, la cual Él conserva aun resucitado y glori-

26:29 (como símbolo de un gozo probado por primera vez en el reino de Dios nunca establecido hasta entonces).

“Renovar” (y renovación) está relacionado:

— con *kainos* en Colosenses 3:10 (“renovando hasta el conocimiento pleno”); en 2.ª Corintios 4:16 (el hombre interior “se renueva de día en día”); en Romanos 12:2 (“la renovación de vuestro entendimiento”); en Tito 3:5 (“la renovación en el Espíritu Santo”).

— con *neos* en Efesios 4:23 (“renovados en el espíritu de vuestra mente”).

El “nuevo hombre” es *kainos* en Efesios 4:24, y *neos* en Colosenses 3:10. Pero en Efesios 4:23 el creyente renovado es mantenido joven (*neos*), en estado lozano, si se puede decir, mediante una obra continua de ese nuevo hombre (*kainos*); mientras que inversamente, en Colosenses 3:10, el nuevo hombre (*neos*) es “renovado” en el sentido de “hecho nuevo” (*kainos*), por un conocimiento que no le había sido dado hasta ese momento y que ahora se le da de manera absoluta, definitiva. Los tiempos en que son empleados los verbos enfatizan aun el caso.

La nota sobre Colosenses 3:10, al pie de página en el Nuevo Testamento Pau-Vevey, edición 1872, dice: «*neos* significa lo que es nuevo, no viejo; *kainos* lo que no había sido antes; así en Mateo 26:29: de manera completamente nueva. Pero el empleo de los verbos que derivan de estas palabras en la epístola a los Efesios (4:23) y a los Colosenses (3:10) exige prestarles mucha atención; y se necesita inteligencia espiritual para comprender por qué el apóstol se sirve de uno o del otro».

En Efesios 2:15, la unión de los judíos y de los gentiles en un mismo cuerpo, es decir, la Iglesia, equivale a un “nuevo hombre” (*kainos*). Éste nunca había existido ni tampoco había sido revelado.

ficado. Posee en Cristo, quien es su vida, las características divinas que fueron vistas en Él como hombre, tales como la santidad, la justicia y la verdad (Efesios 4:24). Esta renovación es, de hecho, una innovación, pues el primer hombre evidentemente no tenía nada de esto, e incluso los creyentes del Antiguo Testamento, aunque nacidos de Dios como lo fueron, esperaban en Cristo solamente de manera anticipada. La renovación es tan efectiva, tan definitiva como la existencia del nuevo hombre; y es permanente, tal como lo indica el tiempo verbal en la expresión “se va renovando” (literalmente “es renovado”, según el participio presente articular pasivo, en griego). Entre otras cosas, al nuevo hombre le es conferido el acceso a un verdadero conocimiento. «El nuevo hombre es hecho nuevo para el conocimiento, para conocer. Es el creyente visto en su persona renovada por la presencia de la nueva vida» (J.N. Darby). Este conocimiento es muy diferente de lo que enseñan los hombres, cualesquiera que sean sus pretensiones. Se trata fundamentalmente del conocimiento de Dios, de las cosas divinas, de las bendiciones de la esperanza celestial, de todo lo que poseemos en Cristo, de “todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” que “están escondidos” en “el misterio de Dios” (Colosenses 2:3).

3º En consecuencia el creyente es capaz de considerar todas las cosas y todas las circunstancias desde un punto de vista nuevo, el de Dios mismo, y juzgarlas como Dios las juzga. El creyente tiene la capacidad de discernir la voluntad de Dios, su entendimiento concuerda con el de Dios, pues la **renovación de su entendimiento** (Romanos 12:2) lo habilita para tener tal discernimiento. Y esto es así de manera absoluta. Es un elemento constitutivo del nuevo hombre a tal punto que, incluso no libe-

rado, el creyente que aún lucha con la carne que descubre en sí mismo, percibe que su entendimiento, el del nuevo hombre interior, está de acuerdo con la ley de Dios y se encuentra así en conflicto con la carne (Romanos 7:23-25). La **renovación del entendimiento** forma la base de la renovación “en el espíritu de vuestra mente” (Efesios 4:23), es decir: el entendimiento (la mente) en su actividad es esclarecido y orientado de manera nueva.

4° La adquisición de la vida divina y la renovación que ella produce son atribuidas, en Tito 3:5, al Espíritu Santo. Es “la **renovación en el Espíritu Santo**”; es preciso entender la renovación obrada por el Espíritu Santo. Él es el que comunica al nuevo ser moral del creyente el poder de la nueva vida, con sus móviles, deseos y pensamientos completamente nuevos y opuestos a los del viejo hombre.

De manera que todos estos pasajes nos hablan de una obra cumplida, de una creación completa y definitiva, y echan fundamentos inmutables. La Palabra toma al creyente en este punto de partida: “Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (2.ª Corintios 5:17-18). Es necesario que la fe esté bien esclarecida al respecto, pues nos caracterizamos por vacilar mucho para apoderarnos de las certitudes que se nos dan, y ello aun cuando nos parece haberlas asido. Por otra parte, hay almas que aun cuando son salvas ¡sólo tienen un vago conocimiento de estos puntos vitales! Al dirigirse a los creyentes, la Palabra no los invita en ninguna parte a despojarse del viejo hombre y revestirse del nuevo o a hacer morir

el viejo hombre y hacer vivir al nuevo; estos son hechos ya realizados, de otro modo no seríamos nacidos de nuevo. Tanto en Colosenses 3:9-10 como en Efesios 4:22-23¹⁾, el verbo está en pasado: “Habiéndoos despojado... y revestido.” La acción está hecha y no es necesario repetirla. La existencia del nuevo hombre, con la renovación de su entendimiento por el Espíritu Santo, no es puesta en tela de juicio y no lo será nunca. Sería poner en duda la nueva creación, la creación de Dios que tiene su principio en Cristo. Pero precisamente a causa de ello nos esperan las exhortaciones. Habéis sido puestos por la gracia en relaciones nuevas que son maravillosas; por lo tanto tenéis una responsabilidad derivada de tales relaciones, deberes que antes, como hijos de Adán, no teníais. Se trata, pues, de hacer visible en este mundo la vida divina que habéis recibido.

2. *Renovación progresiva*

La nueva naturaleza está encerrada en un cuerpo que pertenece aún a la vieja creación. Tal cuerpo, con las facultades que le son propias, estaba al servicio del pecado. Ahora el creyente, librado de la esclavitud, tiene el privilegio de emplearlo para servir a Dios. Pero la vieja naturaleza, aunque moralmente

1) Para su comentario sobre estos versículos, el autor se basa en la Biblia versión francesa de J.N.Darby, en la cual este párrafo de Efesios se lee con los verbos en pasado: “haber despojado al viejo hombre... ser renovados en el Espíritu Santo... haber revestido al nuevo hombre”. Lo cual nos daría la idea de una lectura como la siguiente: “En cuanto a la pasada manera de vivir, **despojados** (o habiéndoos despojado) del viejo hombre que está viciado conforme a los deseos engañosos, y **renovados** en el espíritu de vuestra mente, y **vestidos** (o habiéndoos vestido) del

juzgada, subsiste aún en él mientras espera la plenitud de la liberación, “la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23).

La vida cristiana no es otra cosa que la puesta en evidencia del nuevo hombre, andando y creciendo; y en ese andar y crecimiento debe llevar ante los ojos de todos, como un vestido, la semejanza de Aquel conforme a la imagen de quien fue creado. “De Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27), por lo tanto “vestíos del Señor Jesucristo” (Romanos 13:14), mostradlo prácticamente en vosotros “y no proveáis para los deseos de la carne”. “Habéis muerto con Cristo”, entonces “haced morir” no al viejo hombre (éste está muerto; tenedlo por muerto), sino sus miembros morales “lo terrenal en vosotros” (literalmente, “vuestros miembros que están en la tierra”) (Colosenses 2:20; 3:3, 5). Si habéis resucitado con Cristo, “buscad las cosas de arriba” (3:1). Estáis “revestidos del nuevo” hombre, por lo tanto se os dice: “vestíos pues” de todo lo que le es propio (3:12 y siguientes).

Tal vida está en constante y progresiva renovación, precisamente porque ella existe y, normalmente, debe desarrollarse. Si se trata de la vida natural, es evidente que todo hombre la ha recibido de una vez por todas al nacer y que, sin embargo, esta vida continúa, recomienza sin cesar a lo largo de toda su existencia terrenal. Es igual para el nuevo hombre. En el nuevo nacimiento se recibe de una vez por todas la nueva vida y ella se renueva sin cesar en sus manifestaciones. La gracia nos enseña, nos advierte, nos estimula y nos disciplina para que esto sea así.

nuevo hombre, creado según Dios etc.” Quizá sea útil mencionar que el texto griego contiene en este pasaje varios verbos en aoristo, que los eruditos traducen de diferentes maneras. (N. del T.).

En Romanos 12:2, se nos dice: “**Transformaos** por medio de la renovación de vuestro entendimiento.” Ya que tiene renovado el entendimiento para poder discernir la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta, el creyente es llamado a calcar la conducta del divino Modelo, en obediencia a dicha voluntad, presentando un “culto racional”. Por lo tanto el creyente no se “conformará”, no se amoldará “a este siglo” (mundo) que no conoce la vida de Dios.

La “**renovación en el Espíritu Santo**”, que acompaña a la recepción de la vida, produce a continuación sus efectos prácticos, como el agua que fluye de la fuente, en la medida en que no se le impida fluir. El Espíritu Santo está allí para enseñarnos de Cristo; al morar en el creyente, toma de lo de Cristo para anunciárselo y le presenta claramente las bellezas de esta Persona; produce en el creyente el deseo de ser semejante a Cristo hasta el momento en que la fe sea cambiada en vista. El Espíritu obra valiéndose de todo tipo de medios, como los dones de gracia, la Palabra, la oración, la reunión de los santos, para alimentar de Cristo al alma. Así, “fortalecidos con poder en el hombre interior”, los lleva en el mismo poder a contemplar la gloria del Señor a cara descubierta y, mediante esto, a transformar al creyente de gloria en gloria.

Volvamos a considerar el texto de Efesios 4:24. Hallamos que el hecho de estar “despojados del viejo hombre”, algo ya cumplido, implica el de ser “renovados en el espíritu de nuestra mente”, lo cual continúa mediante esta obra del Espíritu Santo. Luego de tal innovación, hay una renovación constante. El andar debe manifestar dicha renovación prosiguiendo bajo el mismo impulso, en la misma dirección, y con un entendimiento

despierto constantemente para enfrentar las circunstancias más variadas. La epístola a los Efesios nos presenta muy particularmente dicho andar en relación con la posición firme del creyente, al cual el Espíritu Santo une a la glorificada Cabeza del cuerpo. El despojamiento del viejo hombre y la renovación hacen evidente su efecto práctico: se tiene por muerto al viejo hombre, como lo ha hecho Dios quien lo juzgó en la cruz de Cristo. De este modo se manifiesta hacia el exterior el hombre interior renovado “en la justicia y santidad de la verdad”. ¿Lo manifestamos nosotros? ¿Se ve así a Cristo en nuestra vida cotidiana? Si lo contemplamos a cara descubierta, como tenemos la capacidad de hacerlo, la transformación de gloria en gloria como por el Espíritu del Señor se realizará por sí misma. Del lado de Él no hay velo ¿Qué, pues, nos aleja de tal contemplación? Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de responder a esta pregunta, sabiendo que “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13).

El apóstol Pablo, siervo fiel como lo fue, manifestaba a Cristo en su vida porque nada arrebatava de su vista la gloria de Cristo. La vida de Jesús obraba la vida para él y para otros, mientras que Pablo mismo llevaba “en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús”, y estaba “entregado a muerte por causa de Jesús” (2.ª Corintios 4:10-12). Él escribió “cada día muero” (1.ª Corintios 15:31), pero a medida que la muerte iba imprimiendo más su marca sobre el hombre exterior que se desgastaba, el hombre interior, nuevo desde el nuevo nacimiento, se iba renovando de día en día (2.ª Corintios 4:16). Cada día él era hecho “nuevo” (véase la nota en la página 161). No se tra-

taba de una pobre recomposición de su estado físico para paliar una decrepitud, del modo que se reacondiciona y consolida lo mejor que se puede un edificio deteriorado o se refuerza un cuerpo gastado mediante una vitamina; sino que se trata de una “recreación” continua, de una renovación interior. El apóstol dice: “la muerte actúa en nosotros”; no obstante, el poder victorioso de la resurrección obraba en él y cada nuevo día lo hallaba más vivo, más cerca de Cristo que el día anterior. “Como moribundos, mas he aquí que vivimos” (2.ª Corintios 6:9). ¿No deseamos una renovación semejante? Muy a menudo hallamos en nosotros lo opuesto de lo que expresa Pablo y, desgraciadamente, experimentamos que el hombre interior se desgasta hasta tal punto que perdemos el gusto por las cosas de lo alto. Esto se debe a que centramos toda nuestra preocupación en el hombre exterior, en su salud y en su bienestar. Obramos así aunque, de todas formas, sabemos que el hombre exterior está llamado a desgastarse y desaparecer, y que la morada terrestre ha de deshacerse (no sin que tengamos una casa eterna en los cielos), mientras que el hombre interior es llamado a crecer “en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15).

Así «**el hombre en Cristo** es la base de todo nuestro andar, pero esto no basta para el recibir fuerza. Ésta sólo se adquiere andando en dependencia constante y humillándonos a nosotros mismos a fin de que Cristo sea glorificado y que la carne sea anulada en la práctica» (J.N. Darby: «*Un hombre en Cristo; 2.ª Corintios 12*»; 1858).

Decir que somos creyentes es afirmar que estamos despojados del viejo hombre y revestidos del nuevo, es decir, que

Cristo es nuestra vida. Pero decirlo es una cosa y vivirlo es otra. Vivir como creyentes es manifestar a Cristo, dar pruebas de la existencia del nuevo hombre a través de nuestros actos como frutos de una bienaventurada renovación a la imagen de Aquel en quien se fijan las miradas del fiel.

La fe sólo tiene que aceptar la bendita posición que Dios nos ha dado en Cristo, con todo lo que dicha posición implica. Tal posición goza de los más altos privilegios, pero a la vez es el motivo por el que en este mundo tenemos luchas y sufrimientos en el despojamiento de nosotros mismos. Efectivamente, ni el mundo ni la carne pueden soportar que el creyente manifieste dicha posición, porque ésta crucifica tanto al mundo como a la carne, que intervinieron para crucificar a Cristo.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas...”

A. Gibert (M. E 1963)

PROGRESO ESPIRITUAL Y CRECIMIENTO

“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el (o por la consolación del) Espíritu Santo” (Hechos 9:31).

Detengámonos a pensar por unos momentos en la época en que la Iglesia primitiva vivía un tiempo de simplicidad y frescor como el que nos describe el pasaje citado en el encabe-

zado. En primer lugar vemos que los santos eran **edificados** y luego que **crecían** (o eran multiplicados).

Saulo de Tarso, el cruel enemigo y perseguidor de los santos de Dios, acababa de convertirse a Dios, sin duda en respuesta a la oración de Esteban cuando estaba moribundo. De este modo, el ataque de Satanás desde **el exterior** había sido rechazado, y el mismo que había sido perseguidor fue transformado en un celoso y consagrado siervo de Cristo. Asimismo, el espíritu de mentira **dentro** de la iglesia había sido severamente reprimido mediante el solemne juicio que cayó sobre Ananás y Safira. Así, por la gracia de Dios, la Iglesia pudo hallar algo de reposo ante la persecución que sufría desde fuera y la corrupción desde dentro.

El pasaje citado menciona dos hechos relacionados con el **andar** de las iglesias, que se caracterizaban tanto por el progreso espiritual como por el crecimiento en número: “el temor del Señor” y “la consolación del Espíritu Santo”. Todo sincero siervo de Dios, ¿no desea ver el progreso espiritual y el crecimiento numérico en las asambleas de hoy día? Por cierto que sí; pero ¡ay!, lo vemos con poca frecuencia. ¿Por qué? ¿No se debe a que el **andar** de los que las constituyen es conforme a la carne y no según el Espíritu?

Hemos leído que las iglesias eran “edificadas”. Esto sólo es posible cuando la Palabra de Dios se enseña en el poder del Espíritu Santo y se recibe como Su Palabra; ¡entonces sí puede haber real edificación y los santos pueden edificarse unos a otros en su santísima fe! Deberíamos orar más para que nos sea provisto abundantemente tal ministerio de edificación entre los santos.

Luego leemos acerca del “temor del Señor”, lleno de la reverencia y del respeto que nos conviene manifestar. Sostene-

mos con toda razón que donde dos o tres están reunidos en el nombre de Cristo, allí está él en medio de ellos (Mateo 18:20). Esto es una preciosa provisión, incluso para un tiempo de debilidad y decadencia.

Pero si nos compenetráramos en esta verdad de manera más real, si la comprendiésemos más profundamente, ¡qué reverencia produciría en nosotros! Nuestra actitud e incluso nuestro aspecto en una reunión, así como nuestro andar y nuestra conducta antes de reunirnos, llevarían la profunda marca de Su presencia, tanto previamente como cuando estamos reunidos. ¿No es cierto?

En aquellos días del pasado se manifestaba un andar colectivo mediante la “consolación del Espíritu Santo”. La realidad de que el Espíritu Santo mora en la Iglesia y en el creyente es una verdad casi olvidada en la cristiandad.

El Espíritu está en el mundo para glorificar a Cristo, para guiarnos a toda la verdad, para derramar el amor de Dios en nuestros corazones, para poner en el alma y en los labios del creyente la exclamación: “¡Abba, Padre!” Él está aquí también para dirigir la adoración, la alabanza y las acciones de gracias que la Iglesia ofrece al Padre y al Hijo ¡Precioso y glorioso privilegio! ¡Benditos aquellos que andan por la consolación del Espíritu Santo!

¿Cómo es posible, pues, que a menudo escuchemos hablar de carencia de energía espiritual y falta de unción y de poder en las reuniones? ¿No será porque nosotros mismos “contristamos” al Espíritu en nuestro andar individual o lo “apagamos” en nuestras reuniones? Éstas son serias consideraciones que haremos bien en meditar ante Dios.

Veamos a dónde llevó a los corintios su falta de espiri-

tualidad y de piedad: divisiones, disputas, discordias y cosas peores; tanto, que el apóstol tuvo que decirles: “Aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y discusiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?” (1.^a Corintios 3:3). ¿Hasta qué punto no se podrá decir esto de nosotros hoy día?

Si la Iglesia de Dios sólo hubiera andado en una verdadera separación del mundo, no contristando al Espíritu, “desposada con un solo esposo” para ser presentada “como una virgen pura a Cristo” (2.^a Corintios 11:2), ¡cuán diferente habría podido ser su historia! Pero, desgraciadamente, otros objetos fueron introducidos y Cristo perdió su lugar en el corazón.

La historia de la decadencia de la Iglesia comenzó con lo que señala de manera tan conmovedora la palabra del Señor al dirigirse a Éfeso: “Has dejado tu primer amor”; y esta historia terminará en el triste estado de tibieza descrito en el mensaje a Laodicea (Apocalipsis 2 y 3). ¿Es posible un despertar? ¿Cuál es el camino hacia la restauración? A Éfeso el Señor le dice: “Arrepiéntete”. Debemos arrepentirnos, humillarnos bajo la poderosa mano del Señor, tomar delante de Él el lugar de la confesión sincera y del juicio de nosotros mismos. Al mismo tiempo debemos depositar una total confianza en “Dios y la palabra de su gracia” (Hechos 20:32), siempre suficientes para todos los tiempos, por lo tanto también para el nuestro.

Recordemos que andar “en el temor del Señor y por la consolación del Espíritu Santo” es un privilegio que podemos disfrutar hoy tanto como se lo disfrutaba en los más bellos días de la historia de la Iglesia. Si no gozamos de este privilegio, ¿de quién es la falta? ¿Hemos discernido dónde se encuentra el remedio?

F.G. Burkitt (M. E. 1961)

CARTA DE H. ROSSIER

(Acerca de la oración)

21 de marzo de 1912

Amado hermano, le agradezco su excelente carta, que me ha agradado mucho y me ha hecho bien. Lo que usted dice acerca de la oración es completamente justo, y hace tiempo que este asunto me preocupa. Gracias a Dios esta necesidad es, al menos aquí, un poco mejor comprendida entre los hermanos; me refiero a la oración **en conjunto**... ¡Pero aún hay asambleas que **no tienen** reuniones de oración! Ellas están a punto de morir, como un niño enfermo de crup que se asfixia por falta de aire. Aparte de esto, lo que usted refiere sobre la oración individual es extremadamente justo y, por mi parte, cada vez lo siento más, mucho mejor, me parece, que en los tiempos en que la actividad exterior era mayor. Durante una gran dificultad que tuvimos en estos últimos tiempos, me sentí muy alentado al pensar que aun cuando fuese sólo un hermano el que ora habitual e insistentemente, la dificultad puede ser quitada gracias a su petición, como Josué al detener el sol y la luna...

Oremos, pues, mucho individualmente. Es el medio para mantener una **comunión** ininterrumpida con el Señor. La Palabra y la oración son los dos pilares de nuestra vida cristiana práctica. Oremos unos por otros; ésta era la “buena obra” de los filipenses; era la “gran lucha” de Pablo. Si se descuida la oración individual, veremos también que la oración en común se resiente. Será seca, magra, sin comunión, sin resultados...

(M.E. 1954)

HE AQUÍ EL HOMBRE

Por F. von Kietzell

(Viene de la página 144)

13. “CRUCIFICADO EN DEBILIDAD”(2.^a Corintios 13:4; Mateo 27:33-38; Marcos 15:22-28; Lucas 23:33-35, 38; Juan 19:17-24)

“Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera” (Marcos 15:22). No reviste mucho interés saber dónde estaba situado ese lugar y por qué tenía ese nombre ¹⁾. Pero ciertamente los acontecimientos que ocurrieron allí nos conmueven profundamente. De modo que el nombre Gólgota hará resonar siempre un poderoso eco en el corazón de los creyentes. Allí el Hijo de Dios fue “levantado de la tierra”; allí “sufrió la cruz, menospreciando el oprobio; allí fue “crucificado en debilidad” (Juan 12:32-33; Hebreos 12:2; 2.^a Corintios 13:4). Allí, además, fue llevada a cabo la gloriosa obra de la redención y allí también hallaron su pleno cumplimiento los designios de Dios hacia el hombre pecador. Lamentablemente, el lenguaje humano no puede describir en toda su dimensión el alcance y las infinitas consecuencias del evento que acabamos de considerar. “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará” (Juan 13:31-32). El objetivo supremo de la obra que Cristo iba a cumplir en Gólgota era su propia glorificación y la glorificación de Dios en él.

1) El único detalle que las Escrituras refieren acerca de esto es que Gólgota, aunque “fuera de la puerta”, estaba “cerca de la ciudad”; probablemente en un lugar de tránsito frecuente (Juan 19:20).

“Y cuando llegaron a un lugar llamado Gólgota, que significa: Lugar de la Calavera, le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero después de haberlo probado, no quiso beberlo” (Mateo 27:33-34). Aunque Marcos menciona “vino mezclado con mirra” (15:23), ciertamente se trataba del mismo brebaje, destinado a atenuar los sufrimientos de los crucificados¹. El Señor había dicho, mediante la boca del salmista: “Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre” (Salmo 60:21).

El hecho de que el Señor haya probado el brebaje antes de rehusarlo (aunque supiese lo que era) constituye un testimonio muy conmovedor de su perfecta humanidad y de su humillación. Sin embargo, aunque sentía el dolor como nosotros, rehusó todo alivio que podría provenir de parte de los hombres: “Mas él no lo tomó” (Marcos 15:23). Rechazó el brebaje que el hombre le ofrecía a fin de beber, plenamente conciente, la copa amarga que había recibido de la mano de su Padre.

“Cuando le hubieron crucificado...” ¡Qué sobriedad brilla en la Palabra al darnos tan pocos detalles respecto a la crucifixión en sí! Pero escuchemos al Señor expresando su lamentación ante su Padre: “Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos” (Salmo 22:16-17). ¿No recordaron los jefes del pueblo estas palabras del salmista, que habían descrito mil años antes lo que ellos acababan de llevar a cabo? “Jesús nazareno... a éste... prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole... a quien vosotros matasteis colgándole en un madero” (Hechos 2:22-23; 5:30; 10:39). ¡Ah, nosotros sabemos de qué madero se trataba, “Porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero” (Deuteronomio 21:23; Gálatas 3:13)! Era el madero de la maldición.

1) Para este propósito se utilizaba vino ácido, al cual Mateo llama “vinagre”. La “hiel” era un producto amargo, tal como el aceite de mirra. Varios manuscritos del evangelio según Mateo emplean el término “vino”, en lugar de “vinagre”.

El hombre perdió de vista completamente el hecho de que esa cruz y el propio Crucificado dan testimonio contra él. El hombre ha hecho de la cruz un objeto de veneración idólatra, así como Israel durante siglos había quemado incienso a la “serpiente de bronce que había hecho Moisés”, sorprendente tipo de Cristo levantado en la cruz. Ezequías quitó del templo esa serpiente de bronce, la hizo pedazos y la llamó Nehustán (cosa de bronce) (2.º Reyes 18:4). El creyente da la espalda con repulsión a tales cosas, que sólo halagan a la carne y a sus sentimientos religiosos. Pero condena con igual vigor la ausencia de todo sentimiento humanitario de lo cual la crucifixión de Jesús nos brinda un triste espectáculo.

“Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes” (Mateo 27:35). La fácil obtención de algunas vestimentas, la cínica alegría de enriquecerse a expensas de un suplicio, bastaron para barrer de esos corazones endurecidos todas las impresiones que habrían podido hacerles sentir la agonía que presenciaban. Luego vemos cómo el Espíritu Santo se esforzó para producir tales impresiones en algunos de los testigos de esta escena, lo cual redundó en bendición eterna para ellos (Lucas 23:40 y siguientes). ¡Con qué minucioso esmero procedieron los legionarios haciendo “cuatro partes, una para cada soldado”, incluso “echando suertes” sobre los vestidos para determinar con equidad “para ver qué se llevaría cada uno”, en ese lugar donde se acababa de cometer la peor de las injusticias (Juan 19:23; Marcos 15:24)! Y el pueblo, igualmente desprovisto de toda inteligencia, “estaba mirando”. Para éste, mirar al Hijo del Dios vivo, clavado en el madero maldito, era sólo un espectáculo y nada más (Lucas 23:35, 48).

Pero ¿qué fue todo esto **para el Señor**, suspendido en una posición tan dolorosa entre el cielo y la tierra? “Ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes” (Salmo 22:17-18). “Desechado de los hombres” (Isaías 53:3), Él estaba allí, solitario e incomprensido —soledad e incomprensión que sufrió durante toda su vida—, “semejante al pelícano

del desierto... como el búho de las soledades... como el pájaro solitario sobre el tejado” (Salmo 102:6-7). Sus bienes —herencia insignificante que da testimonio de su completa indigencia— fueron repartidos incluso antes de que muriera. Sin duda, había recibido de una mano amiga la preciosa túnica “sin costura, de un solo tejido de arriba abajo” (Juan 19:23). Él, a quien le pertenecen la plata y el oro y “los millares de animales en los collados” (Hageo 2:8; Salmo 50:10), había renunciado a todo. No poseía ni siquiera un estatero para pagar el impuesto del templo (Mateo 17:24 y siguientes). Así pues, con toda razón, el apóstol Pablo escribió a los corintios: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2.ª Corintios 8:9).

Todo esto sucedió “para que la Escritura se cumpliera”, tal como el Evangelio según Juan lo repite varias veces (Juan 19:24, 28, 36, 37). Allí se cumplió en todos los puntos la voluntad de Dios el Padre, la única a la cual se sometió el Hijo. El Espíritu añade inmediatamente: “Y así lo hicieron los soldados.” Esos legionarios romanos, cuya brutalidad parecía prevalecer siempre, incluso sobre el Señor Jesús, sólo eran instrumentos en la mano de Dios que cumplían su Palabra de gracia. Era, pues, inútil que ellos custodiasen a su víctima (Mateo 27:36).

“Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita.” ¿Cuáles eran los términos? Cada Evangelio refiere sólo una parte¹⁾ de ellos. Si unimos los diversos elementos de lo que fue escrito, obtendremos la siguiente frase: “Este es Jesús Nazareno, el Rey de los judíos” (Mateo 27:37; Marcos 15:26; Lucas 23:38; Juan 19:19). “Jesús na-

1) Algunos piensan que el texto habría sido redactado de manera diferente en cada una de las tres lenguas empleadas por Pilato. Marcos daría lo esencial, es decir, el objeto principal de la acusación, mientras que cada uno de los otros tres Evangelios habría referido una de las tres inscripciones. Parece difícil conciliar tal opinión con el texto de Lucas 23:38.

zareno” es el Salvador que vino en humillación a esta tierra (Mateo 1:21). “El Rey de los judíos” nos recuerda su dignidad real, pero también que fue rechazado por su pueblo y que un día le será conferida la gloria en este mundo, donde sólo halló odio, desprecio y la ignominiosa muerte en la cruz.

Tal era el “título escrito” que pusieron “sobre él”. Estaba “escrito con letras griegas, latinas y hebreas” (Lucas 23:38). De este modo, Dios hacía proclamar desde lo alto de la cruz —en las lenguas más conocidas entonces, utilizadas una por el mundo de la cultura, la segunda por el mundo oficial y la tercera por el mundo religioso— las soberanas prerrogativas de su Hijo, en el preciso momento en que era objeto de un trato tan humillante. Esta proclamación era perfectamente visible y comprensible para todos aquellos que pasaban frente a la cruz. Por otra parte hacía constar la locura de la acusación lanzada contra el Señor Jesús. Bien podemos cantar: «En el oprobio, brilló Tu gloria en la cruz», porque la fe discierne en el Crucificado su humillación y gloria infinitas.

“Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad... Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos” (Juan 19:20-21). Los principales sacerdotes no querían reconocer el hecho anunciado en el título, cuya ironía intencional los irritaba de igual modo. Ellos se sintieron forzados a referirse a ello ante el representante de César, frente al cual acababan de decir que no querían otro rey que su amo (Juan 19:15). Esto generó una mordaz negativa de parte de Pilato: “Lo que he escrito, he escrito.” Es notable que haya sido Pilato, un adversario de la verdad, el hombre de quien Dios se sirvió para dar testimonio a la verdad en cuanto a su Hijo y para proclamar al mundo entero que él es “Jesús nazareno, Rey de los judíos”.

“Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha, y otro a la izquierda” (Mateo 27:38). Él había salido de la ciudad con esta infamante compañía (Lucas 23:32), y fue crucificado con

esa compañía, de manera que el más ciego de los pecadores puede reconocer qué lugar le dio el hombre a Aquel que “es Dios sobre todas las cosas” (Romanos 9:5). También “se dispuso con los impíos su sepultura”; pero “con los ricos fue en su muerte” (Isaías 53:9; Mateo 27:57 y siguientes). Sin embargo, durante todo el tiempo que quiso Dios, y en tanto y en cuanto ello fuera necesario para dar cumplimiento a sus designios, Él permitió que el hombre diese libre curso a su maldad. Así, el Justo “fue contado con los pecadores” (Isaías 53:12). “Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos” (Marcos 15:28).

En Juan 19:18, leemos: “Y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y **Jesús en medio.**” ¡Qué diferente fue su parte cuando, después de la cruz y habiendo salido de la tumba como “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18), “vino Jesús” y se puso “en medio de los suyos” (Juan 20:19)! Y tal es el privilegio que éstos disfrutaban aún hoy por la fe (Mateo 18:20). Cuando ellos sean introducidos en el cielo, lo verán cual un “Cordero como inmolado”, situado allí “en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos” (Apocalipsis 5:6), y le darán el homenaje eterno de su adoración. Entonces los que rodearán al amado Señor y Salvador ya no serán los malhechores, sino sus amados redimidos.

Cuando Él regrese a la tierra aparecerá “con (o en medio de) sus santas decenas de millares” (Judas 14), ya no en humillación, sino rodeado de gloria; ya no como el Cordero inmolado, sino como “el León de la tribu de Judá” que “ha vencido” (Apocalipsis 5:5); ya no para salvar, sino “para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él” (Judas 15). ¡Cuán terrible será la parte de los que fueron jueces y verdugos del Señor!

(Continuará)

*¡Oh!, ¿quién jamás pudo expresar, Señor,
o sondear la hondura de tu amor,
medir la fuente misma de tu Ser
o la extensión y grande altura ver de tal amor?*

*¿Quién pudo amor tan vasto conocer?
El cielo no lo pudo contener;
mas hasta nuestro mundo rebosó,
pues al morir en cruz Jesús mostró de Dios amor.*

*¿Quién pudo cabalmente dar loor
al solo Dios potente y Salvador,
que fuese digno de tan grande amor?
El culto que rendimos al Señor ¡cuán débil es!*

*Mas pronto en gloria tu Iglesia estará,
Señor Jesús, y tu rostro verá;
entonces, en sus himnos de loor,
el culto digno de tan grande amor te rendirá.*

*Al Padre omnipotente, a Cristo el Salvador,
por el Santo Espíritu rendid gloria y honor.
Y de su amor la inmensidad, humildes ensalzad.
Por siglos de siglos, con himnos de triunfo, su gloria publicad.
Con cánticos de triunfo su gloria publicad;
su excelsa majestad y su eterna bondad,
su gloria, ¡su gloria publicad!*